



## El violín de la bruja

Joel Franz Rosell

Érase una vez un violín malvado. Tan malvado era que lo metieron en la cárcel.

No era una cárcel situada en un sótano oscuro, con barrotes de hierro y cerrojo grande como un puño. Era una cárcel de vidrio. Pero de vidrio tan grueso y tan duro que no se rompía golpeándolo con un martillo ni dejándolo caer desde un sexto piso, ni disparándole con una ametralladora.

La caja de vidrio del violín malvado estaba en un museo. La cerradura no era muy grande, pero sí sólida, y su llave estaba guardada en la oficina del alcalde, en una caja fuerte cuya llave llevaba el rey atada al cuello con una gruesa cadena de oro. O sea: que hacían falta tres llaves, un rey y un alcalde para abrir aquella caja de cristal irrompible.

Lo que más preocupaba al director del museo, al alcalde de la ciudad y al rey del país no era que el violín se escapara. Lo que realmente les quitaba el sueño a los tres, director, alcalde y rey, era que violín pudiera llegar a sonar.

Por eso los cristales de la caja donde estaba encerrado el violín malvado eran de vidrio tan espeso; para que no se escapase ni el menor sonido.

Los violines no suenan solos, eso todo el mundo lo sabe. Hace falta alguien que los haga sonar, claro; pero también hace falta un arco. Porque los violines suenan cuando sus cuerdas son frotadas con el arco, que es una vara de buena madera y crin de caballo.

Para que nadie pudiera coger el violín malvado y hacerlo sonar es que la caja de cristal blindado tenía las llaves que ya dije. Pero para que el violín no fuera, ni siquiera por casualidad, a sonar solo, su arco no estaba en la caja de vidrio irrompible. No estaba ni siquiera en otro lugar del museo o de la ciudad. El arco del violín había sido escondido muy lejos, en un lugar ultrasecreto: lo habían enterrado en el fondo de un pozo que después habían llenado de piedras y alrededor del cual crecía un bosque de espinos lleno de serpientes, alacranes y arañas pavorosas.

Es que... ¿no lo he dicho todavía?... el violín malvado era mágico.

Sí, sí: mágico. Muy mágico. Terriblemente mágico.

Y esta es la historia del malvado violín mágico.

Un día, en la famosa escuela de música del maestro Arpegio Corchea, se presentó una viejecita de vestido negro, con un enorme sombrero negro, un solo diente negro en medio de la boca y una nariz ganchuda llena de pelos y de verrugas... negras.



Esta viejecita no era una viejecita, sino una viejaruca; una malvada, taimada y asquerosa bruja. Pero hablaba con voz suave, y de su negro sombrero colgaba un velo que impedía ver su diente negro y su nariz ganchuda llena de pelos y verrugas...negras.

La bruja Viejaruca hablaba con voz suave y hacía gestos tan delicados que cuando pidió ver al director de la escuela de violinistas, no la hicieron esperar.

—A ver si esta pobre viejecita se me muere en el camino —pensaba el conserje mientras conducía a la viejecita, que en realidad era una viejaruca, a la oficina del maestro Arpegio Corchea.

—¿Qué puedo hacer por usted, buena señora? —preguntó el maestro.

—Quiero hacer una donación a su prestigiosa escuela de música —respondió con su voz suavcita la bruja Viejaruca.

—¡Qué me dice! —exclamó el maestro encantado—. Pues mire que se lo agradezco, porque los tiempos están difíciles y no nos sobra el dinero.

—No es dinero lo que le traigo —aclaró la bruja—. Lo que voy a regalarle es un violín. Un violín de primera, fabricado por el famoso artesano Antonio Strafaliarius.

—¡Oh...! —dijo el maestro Corchea, impresionadísimo—. ¡Un violín de Antonio Strafaliarius, nada menos!

—Eso sí —aclaró la bruja Viejaruca—. El violín debe ser para el mejor músico que haya pisado este colegio. Solamente un violinista de verdadero talento, que sea recibido en los grandes teatros y en los más bellos palacios, puede hacer sonar este instrumento.

El maestro Corchea prometió que así sería. Y la bruja se sacó de debajo del sombrero un violín precioso: de un rojo dorado, con cuerdas de plata y arco de crin de unicornio.

En cuanto la bruja se fue, Arpegio Corchea quiso probar el fabuloso instrumento. Se puso el violín en el hombro, respiró profundo y pasó el arco por las cuerdas de plata.

Pero... nada. No escuchó nada. Ni el menor sonido salió del instrumento.

Después de intentarlo tres veces, el maestro Corchea se rindió.

—¡Ah, cruel decepción! ¡Yo que me creía un buen violinista, no soy capaz de sacar una sola nota de este sublime Strafaliarius!

Después de pasar varios días muy triste, sin ánimos ni para dar clase, el maestro Corchea decidió poner a prueba a sus mejores alumnos.

Todos los estudiantes de último año fueron invitados a pasar el arco de crin de unicornio sobre las cuerdas de plata del violín.



Pero ni uno solo de los alumnos pudo sacar el menor sonido del diabólico instrumento.

Entonces Arpegio Corchea invitó a los demás maestros de la ciudad a que vinieran con sus mejores alumnos a probar el maravilloso violín de Antonio Strafalarius.

¡Y... nada! Ninguno fue capaz de arrancarle una nota.

La tristeza y la amargura se apoderaron de todos los violinistas de la ciudad: ninguno, ni alumno, ni maestro, podía demostrar suficiente talento para hacer sonar el fabuloso instrumento.

Fue entonces cuando la bruja Viejaruca pasó, como por casualidad, a saludar al maestro Corchea. Siempre con sus falsos aires de frágil viejecita, le sopló la idea de organizar un concurso. A Arpegio Corchea le pareció una luminosa idea: Puesto que ni en su escuela ni en toda la ciudad había alguien capaz de tocar el violín de cuerdas de plata, el premio del concurso sería precisamente el singular instrumento.

Para que todo el Mundo se enterase y para que viniesen al concurso los mejores violinistas, el maestro le pidió ayuda al alcalde, que era su amigo, y el alcalde obtuvo el apoyo del rey, que era amante de la música.

El concurso fue acogido con entusiasmo. Confirmaron su participación los más brillantes violinistas del planeta. Y al Gran Teatro de la Ciudad acudieron el alcalde y la alcaldesa, el rey y la reina, el príncipe y la princesa, duques y duquesas, ricos y ricas, famosos y famosas... en fin, todo el que pudo pagar la entrada y cupo en el teatro.

Diecisiete violinistas famosos llegaron de los siete continentes a probar el famoso Strafalarius de cuerdas de plata y arco de crin de unicornio. Y todos, uno tras otro, se pusieron el violín en el hombro y movieron en arco con destreza e inspiración.

Los primeros catorce no consiguieron sacarle una nota al maldito violín y la selecta concurrencia comenzó a pensar que aquel violín era simplemente mudo. Pero el concursante número 15, una quinceañera que ya había dado quince mil recitales, consiguió arrancarle una quincena de notas al instrumento.

–¡Oh...! –exclamó el teatro.

La mitad exclamó de admiración, porque al fin el misterioso violín había sonado. Pero la otra mitad chilló por un repentino e inexplicable dolor de tripas.

El violinista número 16, que llevaba dieciséis años de carrera y se llamaba Diego Séiz, consiguió tocar una melodía entera. Pero el efecto fue desastroso: la música sonaba de tal manera que causaba dolor de muelas. Todos culparon al violinista, pero fue él quien salió peor parado: con una otitis que le tuvo seis meses en cama.



Nadie se daba cuenta del peligro... salvo una vieja toda vestida de negro, que ocultaba en la oscuridad de su palco la siniestra sonrisa de un solitario diente negro.

Y llegó el turno del concursante número 17. Era el mejor violinista de la historia: diez reinos y siete repúblicas lo habían condecorado. Nadie quiso perderselo: ni los que sufrían de las tripas, ni los que tenían dolor de muelas. Le llamaban El Gran Sietededos porque parecía tener un dedo para cada nota.

El Gran Sietededos agarró el arco de crin de unicornio, se puso el violín color de fuego en el hombro y atacó las cuerdas de plata con tal entusiasmo que todo el mundo escuchó, sin poder pestañear, ni moverse de su asiento, un concierto entero.

Y fue la debacle.

A la mitad de los presentes se les cayó el pelo y a la otra mitad se le puso blanco. El maestro Arpegio Corchea se quedó sordo durante tres años, y el pobre Sietededos lo mismo, pero durante seis, además de atrapar un persistente calambre en sus diez dedos. Pero hubo más: los duques enfermaron de lumbago y a las famosas les salieron arrugas; a la bella princesa se le llenó la cara de granos y al gallardo príncipe le salió papada; al rey se le abolló la corona y a la reina se le cayeron los dientes.

La única que se levantó y aplaudió fue la bruja.

Pero sus aplausos eran peores que la música del violín malvado. A cada palmada de la terrible Viejaruca se caía un trozo de pared o un pedazo de techo. La gente escapó despavorida, pero alcanzaron a ver como la bruja se montaba en su escoba voladora y se marchaba riendo a carcajadas mientras el teatro terminaba de desplomarse.

Nunca se supo por qué la bruja Viejaruca les había hecho aquello: ¿Por pura maldad o por venganza, por encargo de una potencia enemiga o simplemente porque odiaba la música...?

El caso es que el rey mandó capturar al violín y ordenó que lo rompiesen a hachazos y quemaran sus restos en la plaza pública.

Toda la ciudad acudió a la ejecución de la sentencia.

Y esta vez no faltó nadie: el alcalde, que se había quedado bizco desde el maldito concierto y la alcaldesa, que desde ese día padecía hipo, el rey de la corona abollada y la reina sin dientes, el príncipe con papada y la princesa con granos, los duques corcovados y las condesas de pelo blanco, los ricos calvos y las famosas con arrugas... Además de todos los que habían escapado a la desgracia, porque no cupieron en el teatro, pero que ahora sí cabían en la plaza.

Todos querían venganza. Todos querían ver el final del violín malvado.

Y llegó el verdugo.



Se llamaba Cadalso Fatal. Era musculoso y malencarado, tenía pelos en la lengua, olor a pies y una cicatriz, ancha y profunda como un hachazo, que le partía en dos la cara.

Cadalso Fatal miró a la concurrencia con un ojo y al violín con el otro, sonrió con sus colmillos amarillos y se frotó las manos poderosas. Los espectadores se echaron a temblar... pero se tranquilizaron enseguida pensando que era el violín Strafaliarius, y no ellos, quien recibiría los bestiales hachazos. Y entonces los asistentes también sonrieron, porque el espantoso verdugo era idóneo para ejecutar la venganza de todos sobre el violín malvado.

En medio de un silencio reverencial, el musculoso verdugo levantó su hacha de bronce y descargó un golpe colosal sobre violín. El hacha se melló y el violín no sufrió ni un araño.

El musculoso y malencarado verdugo levantó esta vez su hacha de hierro y descargó un golpe fenomenal sobre violín. El hacha se melló, pero al violín no se le rompió ni una cuerda.

El musculoso, malencarado y enfurecido verdugo levantó finalmente su hacha de acero inoxidable y descargó un golpe descomunal sobre violín. El hacha se melló, y al violín no solo no le ocurrió nada, sino que dejó escapar un chorro de notas que rompieron todos los vidrios de la plaza.

Entonces el rey y el alcalde comprendieron que el malvado violín estaba invenciblemente embrujado. Y temiendo una catástrofe de consecuencias irreparables impidieron al verdugo descargar con ira titánica su hacha de titanio sobre el peligroso instrumento.

Fue ese día que decidieron encerrarlos: al violín de cuerdas de plata en una caja de cristal blindado del que no puede escaparse ni siquiera una nota musical, y al arco de crin de unicornio en un pozo relleno de piedras, rodeado por un bosque de espinos y custodiado por serpientes venenosas, alacranes ponzoñosos y arañas pavorosas.

Hasta hoy el violín ha permanecido en su prisión de cristal y el arco sigue bien enterrado.

Hasta hoy...